



## HISTORIA DE ROSARIO Y SU HIJO JASIEL: LA VIDA ES UN BÚMERAN Y TODO SE REGRESA

**M**i nombre es Rosario Trigueros y busco a mi hijo Jasiel, quien desapareció el 14 de abril de 2016; soy parte del grupo de Las Rastreadoras de El Fuerte y quiero compartir mi historia y la de mi hijo.

Yo nací aquí en Los Mochis en 1968. Mi madre es de sangre tarahumara de la Sierra de Chihuahua; mi abuelo y abuela maternos hablaban el rarámuri, pero yo no lo aprendí. Por el lado de mi padre, su familia es de Michoacán, él se vino a Sinaloa a buscar trabajo y se encontró con mi mamá.

Tengo siete hermanos, y desde que tenía siete años me tocó trabajar limpiando casas para ayudar con los gastos de la casa. Mi mamá sufrió mucha violencia, y ante la impotencia de no poder defenderse de los golpes de mi papá, se desquitaba con nosotros, así que también nos pegó mucho. Ahora de adulta me metí un tiempo a Neuróticos Anónimos (NA), por siete años, para curar estas heridas que vengo cargando desde la niñez. Sentía la necesidad de sacar todo ese resentimiento, porque a causa de las borracheras de mi papá, mi mamá se volvió muy agresiva y nos lastimó mucho a mí y a mis hermanas.

En mi casa hubo siempre muchas necesidades, mi papá trabajaba en la construcción y mi mamá trabajó toda su vida en lo que se podía: limpiando casas, lavando, planchando, haciendo donas, vendiendo cosas. Así que los hermanos grandes nos hacíamos cargo de los pequeños, nos los repartió y a cada uno le tocaba un chiquito. En las mañanas había que bañarlos, cambiarlos, prepararles su “lonche” para la escuela. Si me pidieran que describiera un día en mi niñez les diría que a los ocho

años yo me levantaba, tenía que dejar medio limpia la casa, y ya me iba a trabajar: barría y lavaba loza en casas ajenas, eso era en la mañana. Luego regresaba al medio día, comía y me iba a la primaria; llegaba de la primaria y mi mamá ya nos tenía una bandejona de donas para vender, y nos íbamos a vender las donas. Llegábamos de vender y jugábamos como una hora, hacíamos las tareas y ya luego era hora de dormir. La vida nos obligó a hacernos grandes antes de tiempo.

Mi madre tenía dos hijos de un primer matrimonio, que son mis hermanos mayores, uno de ellos, que era el más cercano a mí, murió en un accidente hace tres años. Así que yo soy la mayor de los cinco que tuvieron mi papá y mi mamá. Estudié hasta la preparatoria, otros hermanos hasta la secundaria, pero tengo un hermano, José Ángel, que es el orgullo de la familia, él estudió para biólogo pesquero aquí en Los Mochis y luego consiguió becas para hacer maestría y doctorado. Siempre fue buen estudiante y ahora es investigador en el Centro Interdisciplinario de Ciencias Marinas del Instituto Politécnico Nacional (IPN-CICIMAR). Él buscó su camino, se esforzó por conseguir becas. Porque pues imagínense lo que es ser hijo de un albañil que es alcohólico, y tener siete hermanos con quien compartir las pocas cosas que se tienen. Pero él, como pudo, salió adelante; me acuerdo que yo trabajaba en una papelería y él estaba internado en una secundaria técnica, con lo poquito que ganaba le compraba trusas y calcetines, me daba pena que llevara la misma ropa todo el tiempo. Cuando terminó su tesis sentí muy bonito porque dejó escrito que nos agradece todo ese apoyo.

Yo, en cambio, por ser la mayor de las mujeres, no pude seguir estudiando, porque había que trabajar. A los quince años ya no aguantaba más los golpes de mi mamá y una Navidad me fui con un muchacho de 23 años que tenía un ranchito en El Fuerte. Pero no duramos ni seis meses, porque resultó peor que mi madre. La primera vez que me golpeó, agarré mis cosas y me regresé a mi casa. Pero ya de regreso mi mamá se metía menos conmigo porque empecé a trabajar de dependiente en una papelería y aportaba dinero a la casa. Luego me cambié a una tienda de medias, donde ganaba muy bien, y ahí me quedé por seis años. Ahí trabajaba cuando conocí a Fernando, mi marido, él me llevaba 23 años

y era amigo de mi papá. Era albañil, y también de sangre tarahumara. Él me empezó a buscar, era un hombre trabajador, no tenía vicios y estaba interesado en mí. Era muy respetuoso conmigo y me dijo: “Mira, yo no te ofrezco mucho porque no tengo mucho, pero puedo trabajar, podemos salir adelante juntos y hacer una familia”.

Finalmente acepté, y el acuerdo fue que viviríamos primero juntos para ver si funcionaba, y si sentíamos que las cosas iban bien, pues nos casábamos. A los siete años de vivir juntos, cuando ya había nacido Jasiel, decidimos casarnos. Ya me había construido esta casita, y era trabajador y responsable, así que aprendí a quererlo. En la parte de atrás de este solar vive su primera esposa, con quien tuvo seis hijos. Se dividieron el solar y él se quedó con esta parte. Así que yo con la señora llevo una relación distante, pero respetuosa; es mi vecina. Sus hijos sí se llevan bien con nuestros hijos, y cuando pasó el problema de Jasiel estuvieron muy pendientes.

Hemos vivido muchas cosas juntos: malos y buenos momentos. Él dejó la albañilería y probamos varios negocios, a veces nos va bien y otras mal. Como cuando compramos 600 puercos y todo lo que ganábamos se nos iba en alimentar al animalero. También rentamos rocolas y máquinas de videojuegos; finalmente, hace 12 años, pusimos la tortillería aquí abajo y nos ha ido bien. Después vino nuestro hijo pequeño, Luis Ángel, que es nueve años menor que Jasiel. En general nos iba bien, pero el problema era esta colonia. La Estrella se ha convertido en un lugar peligroso, y no me gustaba nada que mis hijos crecieran en este entorno. Es una colonia donde hay mucha drogadicción, mucho alcoholismo, plebes con la bolsa de resistol en la nariz. No es un lugar donde uno quiera criar a sus hijos. Pero aquí construimos la casa y no había pa' dónde hacerse.

Cuando Jasiel era pequeño descubrimos que era hiperactivo, lo diagnosticaron en la escuela. Pero era brillante, muy buen estudiante, sólo que se aburría en clase y era muy inquieto. En primer año de primaria sacó diploma del mejor aprovechamiento, y después lo becaron para tomar un curso que se llamaba *Sinaloa con valores*. A sugerencia de la escuela lo llevamos con un psiquiatra, que lo diagnosticó como hipe-

ractivo y nos dio unas pastillas para controlarlo. Pero las pastillas lo ponían medio dormido y no podía participar en clase igual. Entonces una maestra que lo quiso mucho nos dijo que ya no lo medicáramos, que ella iba a trabajar con él para que pudiera avanzar sin medicina. Y así lo hizo, logró terminar la primaria con muy buenas notas.

Conforme Jasiel se hizo adolescente, creció muchísimo, medía un metro ochenta. A los quince años tuvo una noviecita a la que quiso mucho y fue a raíz de que terminó con ella que se empezó a descomponer. Empezó a tomar mucho y a salirse de clases, a juntarse con estos vecinos que no andan nada bien. Pero me consta que no se metía drogas, sólo se emborrachaba. Tal vez mi error fue que era muy permisiva; como su padre era tan duro, pues yo no quería estar todo el tiempo peleando con él. El carro que compramos para distribuir las tortillas, un Jetta 2003 estándar, solo él lo manejaba y yo le pagaba para que me apoyara a repartirlas. Pero luego no me quería dejar el carro ni apoyarme a hacer mandados, era como si el carro fuera suyo.

Yo le echo la culpa a este entorno de los cambios que tuvo Jasiel y de su desaparición. El hijo de la señora de enseguida fue el que enredó a mi hijo en cosas que nomás no. Desde el momento en que se llevaron a mi hijo jamás les he vuelto a hablar a esos vecinos. Antes de que me lo desaparecieran ya lo habían detenido una vez, lo agarraron el 4 de noviembre de 2015. Lo pararon en un retén de la policía municipal y le encontraron una pistola en el carro. Para suerte de él, una prima vio cuando lo detenían, si no tal vez ahí me lo hubieran desaparecido. Porque después de que la prima me aviso de la detención, yo fui a la policía municipal y no sabían nada de él, fui tres veces a la Fiscalía y ninguna noticia. Lo detuvieron a las 12 del día y lo presentaron al Ministerio Público hasta las 8 de la noche. Después supe que los municipales lo entregaron a los policías ministeriales y que todo ese tiempo lo estuvieron torturando. Pero lo de la tortura lo supe mucho después, esa vez no quiso preocuparme y no me contó nada. Cuando me lo contó me dijo que junto con los ministeriales que lo torturaban pudo reconocer a algunos de los sicarios; entre policías y sicarios lo torturaron.

Era 2015 y el comandante Amarillas estaba en la Policía Ministerial y el comandante Medina en la Municipal; en ese año muchos jóvenes que eran detenidos por la policía desaparecían. Cuando detuvieron a mi hijo fue por la fecha en que desapareció Juan Carlos, el hijo de Felicitas. Para mí todo eso era nuevo, yo nunca me había envuelto en problemas legales, así de nada. Ni mi papá que era alcohólico había sido detenido, nunca pisó una cárcel. En mi casa todo el tiempo hemos sido gente de trabajo, gente de familia, que nunca hemos vivido situaciones así. Por eso es que yo estaba muy molesta, pero también muy asustada.

Yo tuve suerte esa vez, finalmente me lo entregaron, faltaban días para que cumpliera los 18 años, así que el juez me dijo que lo liberaban con la condición de que siguiera estudiando, de que terminara la prepa. Me propuse cuidarlo mejor y vigilar que no se juntara con malas amistades. Lo llevaba y traía a todos lados.

Ya estaba el problema de los “levantones” y vivíamos con miedo después de la detención. Esto sirvió para que Jasiel y su papá se unieran más, iban a todos lados juntos y hablaban mucho más entre ellos que antes. La Semana Santa antes de que se lo llevaran fue de las vacaciones más lindas que pasamos juntos, fuimos a San Miguel, un pueblo indígena, y a la playa El Maviri. Él por lo general no quería viajar con nosotros, pero esta vez nos acompañó porque no quería estar solo. Después de la detención no quería salir mucho, se la pasaba en su cuarto con su novia. Creo que la tortura lo afectó mucho, vivía con miedo, no quería ir a ningún lado, se encerraba en su cuarto a comer y ver la televisión; en pocos meses engordó como 20 kilos. Estaba muy deprimido, su vida era comer y dormir.

Yo quería que se entusiasmara de nuevo con el estudio, porque a él le gustaba mucho la mecatrónica, era muy inteligente y era el mejor en matemáticas de su grupo. También le gustaba mucho arreglar aparatos, era el que componía todo en la casa, era mi mano derecha. Pero él no volvió a ser el mismo después de la detención. Se pasó seis meses encerrado, sólo salía a la preparatoria y de ahí a su cuarto. Su novia nunca lo abandonó, ella pasaba las tardes aquí con él y le daba ánimos para seguir adelante. Ella también fue un apoyo muy importante para cuando pasó la desgracia.

Poco a poco empezaba a salir a hacer mandados cuando el 14 de abril de 2016 su papá le pidió que lo ayudara con un trabajo, que fuera a la colonia Álamos Country a revisar unas máquinas de videojuegos. Nosotros vivimos en la planta de arriba de la tortillería, así que él bajó a hablar conmigo para decirme que no tenía ganas de ir, y yo le dije que le explicara a su papá y que tal vez un primo de él podía ir. Esa fue la última vez que hablamos. Se subió y hasta después me enteré que finalmente decidió ir; se cambió y su novia lo acompañó en la camioneta Lobo de mi marido. Iba también una prima de su novia y su hijito de un año. Se fueron todos juntos a hacer el mandado. Fue ya de regreso, cuando venía de dejar a su novia y a su prima en sus casas, que un carro lo interceptó, casi llegando a la casa. Los vecinos vieron cómo unos hombres lo bajaron del carro y se lo llevaron en otro carro. Uno de ellos se subió a la camioneta de mi marido y se la llevó también.

Una de las vecinas llegó corriendo a avisarme que lo habían levantado, salí corriendo y aún alcancé a ver el carro que iba atrás escoltándolos, pero no vi las placas. Caí hincada y empecé a gritar con todas mis fuerzas, sentía que la vida de mi hijo estaba en peligro, todo mi cuerpo me lo decía. Fernando bajó como pudo de la casa, porque tenía una pierna lastimada. Ya no los alcanzamos, no pudimos hacer nada.

Decidimos poner la denuncia en la Fiscalía, pero también ir a buscar a los que controlaban la plaza,<sup>14</sup> en ese entonces les decían “Los Carroceros”. Nosotros conocíamos a algunos de ellos porque vivían en el barrio y los conocíamos desde niños. Pero ellos nos dijeron que no sabían nada, y que si hubiera sido alguien de su gente la que lo había levantado ellos lo sabrían porque “nada se movía en Los Mochis” sin que ellos supieran. En la Fiscalía tomaron toda la información, pero, como siempre, sólo abrieron un expediente y no hicieron nada.

Entonces decidimos buscarlo nosotros mismos y nos arriesgamos mucho para hacerlo. Nos enteramos dónde había casas de seguridad y hasta llegamos a meternos a una de ellas; tuvimos suerte de que nunca nos agarraran porque nos hubieran matado. Pero no encontramos nin-

<sup>14</sup> Demarcación del territorio que implica el dominio de un grupo criminal o la disputa entre varios [N. de las E.].



guna pista para dar con mi hijo. No sé si lo levantaron por lo que dijo o no dijo durante la tortura, porque en algún tiempo anduvo enamorando a la novia de un sicario, o sólo porque podían hacerlo sin que pasara nada. Nunca lo sabré. Ahora lo único que quiero es recuperar a mi hijo.

La primera noche después de que se lo llevaron escuché sus gritos, pensé que estaba soñando pero no, estaba despierta, era como si pudiera sentir y escuchar lo que él estaba viviendo. La noche siguiente ni Fernando ni yo dormimos, y esta vez los dos los escuchamos. Estábamos desesperados de pensar que lo pudieran estar lastimando.

A Jasiel se lo llevaron un jueves, para el lunes ya me había integrado a Las Rastreadoras. No es que yo pensara que estaba muerto, sino que necesitaba hacer algo y no sabía por dónde empezar, y yo las había estado siguiendo en *Face* y sabía que en ellas encontraría un apoyo. Ese lunes que fuimos había una psicóloga que nos atendió, nos escuchó y nos ayudó a enfrentar la angustia que teníamos. Después Paty me escuchó como por dos horas, ella sabía lo que yo estaba pasando porque también había perdido a su hijo. Poco a poco me fui haciendo a la idea de que estaba muerto, y una noche él vino a confirmármelo en sueños, me habló y me dijo: “ya estate tranquila mamá, yo ya estoy muerto”, entonces le pregunté dónde podía encontrarlo, pero me desperté antes de que me respondiera. Pero sueño mucho con un dren, pienso que pudieron haber tirado su cuerpo a los canales.

He pasado por distintas etapas; primero nos salimos de la casa por un mes, pensando en proteger a mi hijo pequeño, y la tortillería la atendía mi hermana. Luego entendimos que teníamos que regresar a nuestras rutinas, volvimos a la casa y el niño regresó a la escuela. Yo no quería hacer nada, me la pasaba acostada en su cuarto. Hasta la fecha todo está como él lo dejó, su ropa en el clóset, sus fotos, sus libros. Hasta me cambié a su cuarto y no quería saber del mundo. Luego tuve un accidente y me lastimé un pie, entonces regresé a mi cuarto porque tiene el baño cerca de la cama y no podía moverme mucho. Después me iba muy seguido a las búsquedas con Las Rastreadoras, y descuidaba a mi niño y a la tortillería. Con el tiempo he ido entendiendo que tengo a Fernando y a Luis Ángel, que aún me necesitan, y no puedo abando-



narlo todo por encontrar a Jasiel. El chiquito no expresa mucho lo que siente, pero cuando se apaga la veladora que tengo permanentemente junto a la foto de Jasiel, él de inmediato me avisa y me dice: “préndele la vela para que pueda ver su camino de regreso a casa”. Es muy buen niño, y sus amiguitos son todos muy tranquilos, pero me preocupa qué futuro tiene en este barrio. Él quiere ser doctor, pero es muy flojo en la escuela y yo le explico que si quiere estudiar medicina tiene que echarle muchas ganas. Creo que terminará siendo comerciante como nosotros.

Estando con Las Rastreadoras he visto muchas cosas, me duele mucho pensar que hayan torturado a mi hijo; esos hombres tienen que estar drogados para ser capaces de hacer tanto daño. A veces sí sufro mucho cuando pienso en todo lo que le pudo haber pasado, en esos momentos de su tortura. Me duele más pensar en eso que en su muerte; cuando me pongo a ver noticias y hablan de cuerpos que encuentran torturados me digo: “esto le pudo haber pasado a mi hijo, a la mejor eso le hicieron”. Me imagino sus ojitos, llorando, aunque él era muy duro. Me dijo otro de mis sobrinos: “tía, le apuesto que si él se fue, se fue con la frente en alto, que jamás dio su brazo a torcer y fue valiente, mi niño no era rajado”. Eso no es ningún consuelo para mí. Pero la vida es un búmeran y todo se regresa, estoy segura de que quienes lastimaron a mi hijo tarde o temprano pagarán por lo que le hicieron.

## UN POEMA PARA ROSARIO

*El viento trajo al desierto  
una semilla,  
con amor ausente,  
brotó de la cáscara seca  
un retoño precioso  
Rosario se llamó,  
Azotó al desierto  
al retoño frío golpeó  
sus entrañas heladas  
sus noches oscuras  
su cálido hogar no la acogió  
Viento ardiente  
aire agotador,  
sed de amor...*

*Dos ángeles  
salieron de tu regazo  
relumbrantes, brillantes  
Un día la luz apagó  
a uno de tus dos ángeles  
al otro herido dejó.*

*¡Toma impulso, renuévate,  
respira aire de vida!!*

*Cortaron tu retoño  
mas no tu esperanza.*

*Sana la herida  
que la flecha dejó.*

*No te olvides que de ti  
emana el amor para el pequeño Luis Ángel,  
tienes una familia  
llena tu hogar de amor.*

*Lucha por lo que aún queda  
y entrega a las manos  
de Dios al hijo que te prestó.  
Aún tienes a Luis Ángel  
Deja salir agua dulce de tu corazón.  
Permite que tus seres amados  
te ayuden a sanar la herida.*

NORA ROSANA GUZMÁN